

Creación del Instituto de Arte

Tras el triunfo del proceso, realizado con muchas marchas y debates universitarios, la reforma que prevaleció tuvo diferentes maneras y mayor o menor fortuna. La Universidad Católica de Valparaíso, la primera que pudo implementar las nuevas modalidades, impuso entre sus principales acciones la creación de institutos, que originalmente se debían dedicar a la libre investigación universitaria y la enseñanza, y escuelas, que serían las que llevarían a cabo la docencia propia de las carreras que se impartían. Había otras líneas importantes de reforma que se realizaban; por ejemplo, la creación de enseñanza en un programa de créditos libres, con la posibilidad de que todos los alumnos de la Universidad pudieran acceder a conocimientos que les interesaran dentro de la oferta de cursos propuestos por los diversos institutos en sus respectivas especialidades. Fue esta instancia la que hizo posible la creación del Instituto de Arte.

Este no nació como producto de una situación inmediata, sino que tuvo como antecedente el Instituto de Arquitectura, armado sin un reconocimiento formal de la Universidad, por algunos de los principales profesores de la Escuela. Su biblioteca, gran parte de sus ideas y visiones y sus profesores más afines a la tarea pasaron a constituir, tras cambiar de nombre, una de las primeras instancias creadas por la Reforma, y que se puso en marcha a partir de **1968**.

Godofredo Iommi, Alberto Cruz y Claudio Girola, entre otros, pensaron la materia y el rol que debía tener la nueva institución con ideas que habían desarrollado con anterioridad, como el Seminario del Ámbito, actividad artística y poética que comprometía a todos sus alumnos y que llevaba bellamente Claudio Girola con el concurso de ellos.

Para la elaboración de las actividades propias del recién creado Instituto, sus fundadores idearon una regla general: todos los integrantes contratados debían ser artistas. Esto significó el montaje de diversos talleres guiados por sus profesores en los que se ponía en acción la construcción común de una obra de arte en cada uno de ellos. Con el tiempo, sucedió que algunas veces la totalidad de los talleres colaboraran con sus especificidades al montaje, que se presentaba en público, de una gran obra común.

El Instituto se organizó en secciones: poesía, teatro, escultura, música, cine, arquitectura, pintura. Recuerdo la primera actividad en poesía. Se trataba de hacer presente en los alumnos inscritos, que en ese inicio eran numerosos, la experiencia interiorizada del surrealismo. Para eso hubo que unirse al taller de pintura, dirigido por Francisco Méndez, recién vuelto de Francia. Godofredo Iommi hablaba y hacía que los alumnos ejercitaran juegos, textos, experimentos propios del quehacer poético surrealista, mientras que Méndez realizaba, siempre con la tarea propia de sus alumnos, una enorme y larga banda dibujada en papel de una obra de teatro creada por Leonora Carrington: *Una camisa de dormir de franela*. La banda, de una dimensión considerable, se desenrollaba y enrollaba en una suerte de carretes en sus extremos, y los dibujos eran acompañados de los parlamentos y coros, realizados por los alumnos, a medida que se presentaban. Tanto la obra de teatro en dibujos como la serie asombrosa de experimentos surrealistas hechos desde la sección poesía constituyeron un inicio espectacular. Por aquel entonces yo era ayudante de esa sección, y ese comienzo sentó bases para otras actividades ulteriores que fueron realmente extraordinarias. Pero eso ya es una escritura más larga.

Virgilio Rodríguez Severín